

Toro celeste y otros poemas

Li Keith



PETALURGA 

Toro celeste y otros poemas, 2025

© de los poemas: Li Keith, 2025

© de las ilustraciones: Gabriela Lovera, 2025

© del liminar: Mariana Quijano, 2025

© Petalurgia, 2025

COLECCIÓN VERSALIA

petalurgia@gmail.com

www.petalurgia.com

@petalurgia

DIRECCIÓN EDITORIAL: María Gabriela Lovera Montero

Diseño y maquetación:

María Gabriela Lovera Montero

HECHO POR HUMANOS / HUMAN MADE

Licencia Creative Commons:



Reconocimiento obligatorio / No comercial

Sin obra derivada / 4.0 Internacional

Madrid, 2025

Toro celeste
y otros poemas

Toro celeste y otros poemas

POEMAS
Li Keith

ILUSTRACIONES
Gabriela Lovera



COLECCIÓN VERSALIA



*Tienes en mí un sembradío de brújulas móviles y por ti
renacen las preguntas que forman mi casa.*

LAURA SOLÓRZANO

Cada palabra es el eco de sí misma.

CRISTINA PERI ROSSI

A mi hermana

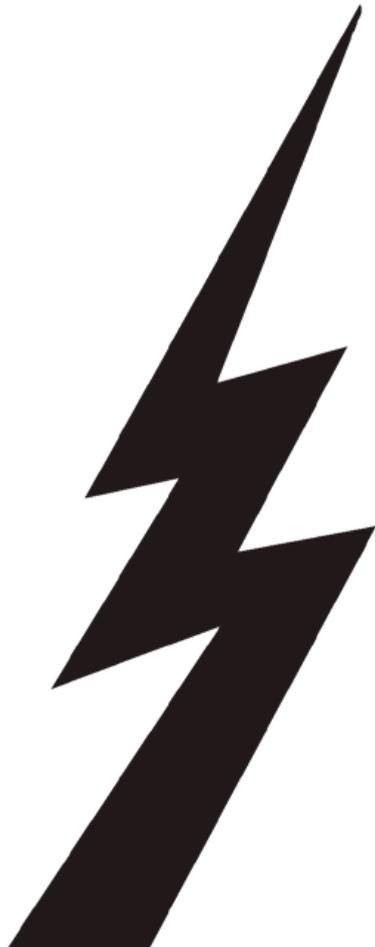
LIMINAR

El prelude de la poesía en *Toro celeste y otros poemas* nos abre el umbral hacia una especie de intimidad imperante, a través de una postura embellecida por el cántico a lo desconocido, al presente que se confunde de forma suave con el pasado y la añoranza de lo que no existió en ciertos trazos.

Con la resiliencia característica de una contemplación silenciosa y transformadora, así como pinceladas de los cambios intangibles convertidos en palabra viva, el poemario se desenvuelve bajo las cálidas sombras de un inicio, un espacio para la contundencia y la necesidad de cerrar lo que no puede ser encapsulado sin verbo.

Para el lector de este maravilloso viaje por la estancia del *Toro celeste*, vista desde el lápiz de su acompañante que atenúa la circunstancia, será un camino cargado de voluntad perceptible y fuerza moderadora de lo que no podemos controlar.

MARIANA QUIJANO
Mérida, 2025



El relámpago caído del cielo
le abrió la armadura por el lado izquierdo.

Su cuerpo ahora es un peso más sobre mi espalda.

Estar cerca jamás había sido imperativo,
un destino irremediable de su pierna frágil.

Él, que siempre fue palanca, muro y polea,
ahora es residuo de lo que en su ser templado queda.

Abrazar es una bendición del día,
un recuerdo de infancia que no tuve,
una respuesta a destiempo.

Todo gira en torno a ti,
Toro celeste de los sueños metálicos.

La liebre abre su boca y desde su hambre
hecha de cuerda y madera
grita.

Apaga sus velas el sinsonte
para que en el templo
nadie ocupe el lugar equivocado.

Se abre en dos mitades tu armadura,
solo podrás salvarte resignándote,
solo habrá dulzura en el partir.

Toro,
el concreto no es eterno
y la paciencia tiene mucho de renuncia,
de renuncia de uno mismo.

El silencio es una zanja filosa
entre nosotros.

Salen de ti mugidos abismados,
lanzas con espinas.

Jamás el tiempo ha sido tan cruel,
todavía falta para la próxima pastilla.

Y tú,
Toro inmenso,
panteón ajeno, ancla y piedra,
quemas el cielo con tu voz,
arden mis alas.

Empujado por el relámpago
has vuelto a tu primera edad.

Mi mano se suspende para darte de comer.

Rociar tu espalda con alcohol para calmar tu ansia.

Proteger la parte detenida en tu armadura.

Toro celeste,
caballero real,
has vuelto a la edad de las primeras dependencias
y yo no sé hacer el avión
para meter la cuchara en tu boca.

De pequeño nunca tuve uno.



La liebre camina cada vez más lento.

Su memoria corta es un flashazo efímero.

Ha perdido el onoto y el jabón en polvo.

Ojalá no olvide, Toro Celeste,
que alguna vez hubo en sus tierras
una flor para tus pasos.

Toro reposa en cama.

Inmóviles están sus extremidades del lado izquierdo.

Toro reposa incómodo,
duele en su adentro un volcán a punto de estallar.

Es,
opaco espejo de un país hechizado.

Toro celeste no soporta la incisión
que el rayo le ha hecho a su armadura.

Lo único que agita el hormigón
es su lengua retráctil,
casa sin alma,
nido de serpientes.

Buda decía
que todo emerge para desaparecer.

La mano oscura oprime el pecho del Toro,
está atrapado en la escafandra de Dios.

A veces lo emergemos mi madre y yo,
otras mi hermana.

Pero su rabia no desaparece,
no desaparece.

La liebre recibe el tiempo
como un arañazo en sus costillas.

Sus intenciones se mueven más rápido que su cuerpo,
ahora lento y maltratado por los años.

Una velocidad que la supera viene de tus ojos
como un mandato cruel.

La liebre es presa de la urgencia,
quiere llegar rápido a cualquier lugar lejos de ti.

Vivir jamás había dolido tanto.



Otros poemas



*Bebe sin tener una fuente,
habla sin tener una lengua
un idioma preciso.*

CARLOS BARBARITO



ETOLOGÍA

Para atrapar a un canario con la cámara
hay que pasar muchos años
en el aprendizaje del sigilo.

Basta un paso en falso para que el chirrido
de la yerba seca lo espante
y salga volando.

En este juego del gato y el ratón
donde la naturaleza lo sabe todo
y nosotros nada,
hay que sacarse el peso,
suspenderse.

Ser un poquito más que aire.

VALIJA

A Donny Dun

Existir es una cuerda apretando tu cuello.

Los que te escuchan halan de ambos lados,
todos quieren saborear tu cabeza.

Con cada diente clavado en tu rostro te bendicen.

No habrá respuestas del forense,
le trituraron el espíritu.

Ya no queda nada,
apenas un escozor en la mandíbula,
aplausos de hormigón
y tu valija con dos muertos dentro.

GITANO

A Thomas Shelby

Se queman las pertenencias del gitano
una colección de retratos que se harán ceniza
en la boca del tiempo
la familia.

El arma,
con su única bala arde en el piso de madera
bajo el mar amarillo y rojo.

Afuera, un paisaje abierto
de colina sin árboles
ni enredaderas.

Son páginas de espuma las crines del caballo,
el camino de regreso un vals
que el viento baila con la muerte.

Cabalga el gitano,
con una muñeca de carroña sobre el rostro.

La venganza es otra vez
la única luz entre sus ojos.



UN CARACOL

Un caracol me escribe a destiempo.

Soy su figura desvaída
el rostro del cielo a punto de llover.

El sol se esconde detrás de unos árboles raquíticos.

En su presente el caracol se arrastra,
deja su huella babosa
trazando un nombre que nadie leerá.

Tres rinocerontes del futuro le danzan,
pero el caracol insiste,
cree en sus palabras
como un niño cree en el abrazo de su madre.

Escribe,
escribe
sin detener su paso en este juego
de dados milenarios.

LA HIJA

La hija que no tuve
me observa desde un rincón
de ese pasado denso y destejido
al que no sabemos pertenecer.

Sus ojos grandes se clavan en mis manos
como grapas punzantes.

Acechan y descubren
una ternura inédita en mis dedos árbol,
una afición por los malos finales,
sendas costras de una herida musical.

PINGÜINOS

Apago los redobles del día,
dejo flotar las cosas en la superficie.

Da un tiempo espeso,
las horas son agujas cerca del globo.

El loco imagina a Dios desnudo
en las aceras.

Nadie salva a los perros del milagro,
ni la poesía sabe llenar este vacío
de pingüinos muertos en la orilla.

NO HAY REGISTROS

No hay registros
de la voz de mis padres
cuando fueron niños.

Imagino a la de él,
rápida y precisa
para narrar sus juegos
en el patio,

torrente ligero de piedras diminutas.

La de mi madre
—que desde chiquita creyó en Dios
por herencia de la abuela—
se deslizó a temprana edad
en el rumor de las oraciones y las súplicas,

imagino su zumbido de panal,
susurro quedo de hojas
que apenas aprenden a hablar con el viento.

No hay registros
de la voz de mis padres

cuando fueron niños.
No hay uno solo
que me los devuelva en sus infancias.

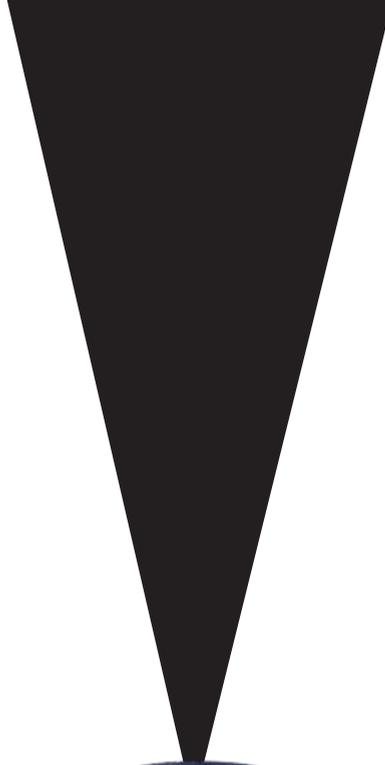
Uno que me deje abrazarlos
más adentro.

UN AVIÓN DESCOMPUESTO

Un avión descompuesto
irremediablemente,
puro metal perseguido por el óxido,
es un espectáculo más triste
que un pájaro sin alas.

En él emergen muertos otra vez,
los sueños del hombre por volar,
por saciar su hambre en las alturas,
el recuerdo de un cielo
al que no regresará.

Al pájaro sin alas,
le queda su memoria.



ÁNFORA

Ánfora de viejos presagios
guarda para los mendigos del sol
un pedazo del cielo entre tus manos
vacía de súplica todo silencio
llega al huerto con las primeras semillas
espera por los nombres calcinados
en la mañana de los ciegos
abre tu hocico de animal sin páramo
escucha el crepitar de estás brasas mías
pocas costumbres del gigante
callado océano
vientre abierto
caparazón del viaje.

EL MUERTO

Al fondo de mis sueños
hay un muerto que no es mío.

Claudico ante sus ojos coral
y mis brazos no me alcanzan para abrazarlo.

Llora,
el muerto llora
y enrollado como está
parece un niño sin alma.

No hay nada más cruel que el abandono.

Mis hermanos gritan desde la otra orilla,
temen que mi balsa se hunda,
pero el muerto llora,
pero el muerto clama.

No sé a cual Dios rezarle
para que alguien lo socorra,
para que alguien lo alimente
con los frutos del cariño.

Me resigno y lloro con él.

Es su infierno estar así,
lloviendo hacia afuera eternamente.



LI KEITH
(Coro, Venezuela, 1990)

Escritor y fotógrafo. Ha publicado la plaquette *El hogar de las cenizas* con Ediciones Awen en el año 2018; los poemarios *arde plegaria* con LP5 Editores y *Declaración de un niño amanecido* con la Editorial Palíndromus en el año 2020, *Like a Hobo* con la Editorial Palíndromus y *Decir del pájaro* con Ediciones Petalurgia en el año 2023; y la novela *El mar de los brujos* con Ediciones Madriguera en el año 2024.



www.petalurgia.com
petalurgia@gmail.com
[@petalurgia](#)